

San José, Costa Rica, 20 de Agosto de 1894

---

# Quartillas

PUBLICACION QUINCENAL

Nº 11

---

## CONTENIDO

I. Gabriela—II, La Czarina—III,  
La lavandera—IV. Los pobres y  
los ricos—V, En un álbum—VI,  
El estreno—VII, La Muerta.

---

Tip. Nacional.



## Gabriela

---

Al ver el encabezamiento de estas líneas cualquiera dirá que las inspira una mujer que lleva ese nombre; lo cual es cierto y no es. Contradicción extraña; pero la curiosidad que ella puede despertar desaparecerá á medida que se enteren de las sensaciones que me ha producido la sombra, la idea, de una persona á quien nunca he conocido, de quién no sé cómo habla, ni siquiera de que color tiene los ojos.

A pesar de esta introducción, esto que escribo no es una aventura romántica, ni es ideal su heroína. Ella vive á dos mil leguas de Costa Rica y aunque no me ha escrito, ni se imagina que existo, ni ha tenido en sus manos nada mío, me tiene simpatía y yo la quiero y la conozco como si desde chiquillos hubiéramos vivido juntos.

¿Cómo llegó á crearse ese afecto? ¿Cómo ha logrado ser tan intenso? Contarlo es cosa de dos minutos. Toda esa historia que constituye hoy una de mis páginas íntimas se puede escribir en tres cuartillas.

---

Estaba de visita en casa de unas amigas que quiero por su cultura y por la confianza llena de finezas que siempre me han dispensado. Acabábamos de tomar el chocolate y nos habíamos sentado al rededor de la mesa de la *Salita* á conversar. No sé á propósito de qué me enseñaron unas fotografías; en seguida trajeron varios álbumes cuyos retratos fuimos viendo y comentando con el placer del que repasa las fisonomías antiguas y admira las nuevas. Se deslizaban las frases de cariño para los conocidos, de elogio para las mujeres bonitas. Surgían los recuerdos de las personas y de las cosas con las vistas de los lugares recorridos en los viajes. En fin, el tiempo corría deliciosamente, empleado en aquella entretenición, con tan agradables compañeras.

Al pasar por una de las páginas, mi vista se quedó fija en un retrato y experimenté un fuerte sentimiento de sorpresa: la misma impresión que me hubiera causado la imagen de un sér querido á quien por mucho tiempo no hubiera visto. Estaba tan emocionado que no dije nada y pasé adelante; pero aquella cara con la cual me encontraba por primera vez me preocupaba, y volvía atrás para verla con ansiedad.

Me resolví á decir lo que sentía y no hallaba cómo iniciar la cuestión. Por instantes pensaba que era mejor ocultarlo, imitando así á los enamorados que se abrasan en deseos de comunicar su pasión, lo meditan mucho antes de hacerlo y después la expresan trivialmente.

Por fin, para ser más fiel el parecido, comencé por alabar el peinado extraño y elegante de la muchacha, y se las fuí insinuando como tema. Me dijeron su nombre, que era belga y la habían conocido en Bruselas, me contaron algunos episodios de su vida, varios rasgos de su carácter y me enseñaron otros individuos de su familia.

Mientras tanto trabajaba con tenacidad mi imaginación poetizando todos los detalles del busto que me atraía como si fuera la estrella de mi destino. En un momento le dí vida: debía de ser blanca, sonrosada, su pelo de un magnífico castaño claro, sus ojos ingenuos y alegres, su risa dulcemente burlona.

Pronto desapareció en mí la sorpresa y le tuve confianza. Me parecía que hacía mucho tiempo fuera su amigo. Quién sabe si en sueños me imaginé una mujer y resultó que existía y se llamaba Gabriela.

Las personas en los retratos son muy buenas, nada altera en ellas la placidez del semblante. A aquella Gabriela que tenía entre mis manos no le disgustaba mi cariño; adivinaba mis pensamientos y seguía sonriéndome. Ni siquiera una arruga alteraba la divina serenidad de su frente: se dejaba querer.

La simpatía es caprichosa. Había mujeres verdaderamente lindas, tipos de belleza, y sin embargo por qué no llamaron tanto mi atención? Y se me hace mucho más difícil de explicar el caso tratándose de un retrato que no habla ni se mueve. Lo natural es que entre láminas se escoja la más bella y que nos haga sentir una de ellas de ese modo, solamente cuando representa una persona conocida.

A la hora de retirarme pedí, bastante turbado, la fo-

tografía para hacer sacar una copia, y me la concedieron.

Eran próximamente las once de la noche. Llegué á mi cuarto y me puse á contemplarla entonces sin reservas, dándole rienda suelta á la imaginación.

Debía de tener muy buen genio, el timbre de su voz ser muy armonioso y agradable; á pesar de su juventud creía adivinar allá en el fondo de su alma una ligera sombra de tristeza que suavizaba lo picaresco de su sonrisa y que la haría amar intensamente y con mucha ternura.

La veía de cerca, la ponía más lejos y lo que me ilusionaba más era lo inmutable de su expresión, su docilidad. Era mía y podía hacer de ella lo que quisiera. Verla hasta la saciedad, tenerla junto al corazón y sentirla sólo yo; ser su dueño de una manera absoluta; guardarla con el celo con que deben ocultar y defender sus cachorros los leones del desierto. Encerrarla dentro de mi cartera, llevarla conmigo siempre y á todas partes, y no obstante todo eso, que no se alterara la dulce satisfacción de su semblante. Lo cual sería diferente con una mujer de carne y hueso, que nunca llegara á comprenderme, á quien parecieran tontas ó fastidiaran mis caricias y cuya alma jamás pudiera poseer por completo.

A ratos volvía á la realidad y otro género de ideas poblaban mi cabeza. Mi vida, mi novia, mi porvenir. Me asustaba de los vuelos de mi pensamiento y sentía la necesidad de amar y ser amado, pero no por una sombra á la cual yo en un momento de exaltación animaba con mi sér haciéndola sentir y pensar lo que yo deseaba que pensara y sintiera, sino por la que es única causa y fin de todos mis delirios.

Así seguí muchos minutos. ¿La vería yo algún día? ¿Correspondería el original á la pintura que yo me forjaba de él? Me mortificaba la idea de que esto no llegara á suceder.

La verdadera ni siquiera había de detener su mirada en mí, ni conocer mi admiración ó no importarle nada, y me convencí que debía gustarme sólo el retrato y alejar por completo la idea de su dueña.

Aquel tenía otra ventaja: la de que nunca variara á Gabriela y continuara siempre siendo la misma que en los momentos en que la conocí. La ilusión de su hermosura y de su juventud, sería, pues, más estable. Cuando fuera yo viejo el retrato estaría joven y me miraría y se sonreiría conmigo como lo hacía aquella noche.

Cansado de tanto pensar tuve que buscar alivio en el sueño y me acosté.

Al día siguiente fui muy temprano á casa de un fotógrafo para que sacara la copia. Hoy está en mi álbum. La conservo con cariño y cada vez que la veo recuerdo cómo me hizo soñar despierto y me sonrió. Me dolió tener que devolver el original á mis amigas. Me figuraba que se iba la verdadera Gabriela de mi fantasía y se contentaba con dejarme como recuerdo suyo un retrato.

Aunque el artista se esmeró en el trabajo, la hallaba diferente, mucho más inanimada que en el otro.

Ya ven ustedes cómo estas líneas están y no están inspiradas por una mujer á quien digo que he conocido desde hace mucho tiempo, porque entre otros tipos había ideado uno y llegué á creer que ese retrato era el de su encarnación, el cual por alucinaciones de la mente me imaginé que correspondía á mi cariño, pensamiento que á nadie puede ofender, puesto que se trata de un pedazo de papel.

LEONELO.





## La Czarina

---

Pasmado me dejaron las presunciones de toda la gente de teatro. Cuando pueden darse tono, no parece sino que se desquitan de las crujidas que pasan en otros países. Estos lugares son su tierra de promisión, pues en ellos un *artista* es considerado casi casi como un embajador.

Así reflexionaba Marianito Pérez, después de haberme referido una de sus desgraciadas aventuras con una tiple de la zarzuela cómica.

La verdad es que la Carmen merecía un galanteo en toda forma: era una andaluza picante y salerosa, que traía á viejos y pimpollos pendientes de la esbeltez de su cuerpo, de aquellos contornos airosos, en que la línea curva tentaba por su graciosa delicadeza.

En la turba de adoradores de la actriz, mi amigo Pérez no pudo ser el protagonista, ni siquiera parte principal; pues por la timidez propia de su inexperiencia en asuntos tan complicados y por la escasez de sus bolsillos, no se había atrevido á emprender.

Después de mucho suplicar, un cronista ameritado, de esos que frecuentaban el "Variedades," lo presentó á Carmencita. La función había concluído, y en medio de la algarabía que se produce en los escenarios cuando cae el telón, en que se perciben como notas dominantes las voces atipladas de las coristas, lograron sorprender á la muchacha en el pasillo que daba á su cuartito; así fue que no tuvo más tiempo que para sonreír, agradecer la presentación honrosa, y pretextando su precisa por llegar al hotel, partió á escape envuelta en un lujoso abrigo, radiante por el triunfo obtenido sobre una de sus rivales, dejando al pobre enamorado, sobrecogido, palpitante de emoción por haberse acercado tanto á ella, y deplorando la mala suerte que le impidió decirle las ardientes frases que había preparado para hacérsele simpático.

En otra ocasión, Marianito entró resueltamente en el camarín de la diva, portando un lindo *bouquet* de violetas blancas.

—Permitid, dijo, que uno de los adoradores de lo flamenco, obsequie este ínfimo presente á la más salerosa gitana.

—¡Oh! ¡Qué risa! gracias, gracias, caballero, y continuó su interrumpido palique con uno de sus paisanos, un desconocido, agente de casas extranjeras, rico, ó por lo menos en apariencias.

Oh! muy verde, continuaba Carmencita, muy verde será mi función de gracia, eso gusta mucho aquí y yo me siento más en mi elemento; daremos probablemente la Czarina. Marianito sintió una opresión horrible, reprimió una lágrima que pugnaba por salir de sus párpados temblorosos. ¿Qué poco caso hacían de su persona y de su ramillete! Pero ¿era posible que hubiera concebido semejante pasión por una comediante, ó era el despecho lo que lo encaprichaba en la conquista?

Salió del cuartito de la artista decidido á no cejar; apelaría al medio omnipotente de la lisonja impresa, que arranca sonrisas de satisfacción de todas las bocas femeninas, que halaga deliciosamente su vanidad.

Ignoraba entonces, me dijo burlescamente Pérez, el desprecio con que miran á los periodistas las cómicas desde lo alto de sus tronos artificiales; ahora lo sé, sé que consideran ellas atentatorio á la majestad del arte todo juicio sincero emitido sobre sus personas, si es desfavorable; y pequeño y baladí todo elogio; comprendo ahora también que en esta época sólo el dinero es llave para los corazones de esas mujeres incapaces de apreciar el sentimentalismo de un joven, pues todo en ellas es mentira, como que de eterna ficción ganan la vida.

La crónica fue un modelo curioso de habilidad; en ella se ponían de relieve los atractivos físicos de la dama, pero excusaba los comentarios sobre sus méritos artísticos.

“Desde que la Czarina salió á la escena, perdimos el hilo de la acción, todos nuestros sentidos estaban pues os en la contemplación de la tentadora mujer, en la elegancia y esbeltez de su cuerpo, realzado ya por el traje regio, ó ya por el original vestido de zíngara; qué minúsculos son sus pies, qué hermosas sus trenzas castañas, qué divino el holuelo de la barba, verdadero nido de besos de alados amorcillos. Carmen tuvo acierto al escoger esta pieza para su

beneficio, dada la distinción inimitable de su porte. Sabe Dios cuántas cabezas habrá trastornado la tiple arrobadora!"

No se podía pedir más almíbar á una pluma, había sobrepujado la parcialidad de todos los gacetilleros del país, pero por ser una última tentativa de seducción, se podía perdonar tanta ternura.



Por la tarde el joven Pérez fue al hotel en que se hospedaban la encantadora Carmencita y su señora mamá, una jamona demasiado gruesa y grasosa, que parecía la ideal hembra de Picio, á quien convengamos en llamar doña Robustiana,

Después de haber dado á la conversación el giro que le convenía, aprovechó mi amigo la ocasión para declarar solemnemente que él era el artífice de la preciosidad periodística que las debía traer cavilando.

Cuál no fue su sorpresa! Donde pensó hallar mimitos, encontraba seriedad, donde soñó coquetería, esquivéz aristocrática; la andaluza, con dignidad de Czarina, ni se dignó volverle á ver, pues estaba atareadísima en la confección del traje que estrenaría por la noche.

Doña Robustiana se quedó mirando al cronista novel y con voz que parecía salir de la boca de un sargento, *descargó* sobre él de esta manera:

Oiga Ud. señorito, cuando se quiere decir algo de la Carmen, se habla de su mérito como actriz, de su gracia y de la naturalidad con que interpretó á la emperatriz de todas las Rusias, ó bien de las armonías que emergen de su garganta comparables al gorgojo de los ruseñores, pero U: entiende que las revistas teatrales consisten en piropear los *comanances* de las artistas. Vaya con el nene!

Vaya con las ínfulas del vejestorio! El demonio son estas madres alquiladas.

Sintió el pobre gacetillero que su entusiasmo por la carne de teatro se evaporaba, pensó en ese momento en la enormidad de lo que se le proponía; degradar al periodista al papel del mercenario, mentir con descaro por culpa de quién?

De una *Judic* de la legua!

Así fue que Mariano, (a) ratoncito Pérez, no pudo roer la estupenda golosina del género flamenco.



## La lavandera de Tibás

*A mi maestro C. Gagini.*

Roza el alba en los juncos de la orilla  
del murmurante y azuloso río,  
sus dedos empapados de rocío  
que con fulgores irisados brilla.

La lavandera cándida y sencilla  
desliga arrodillada el blanco lío,  
y luego avanza en el torrente frío  
con el agua á la fresca pantorrilla.

Los copos de la espuma jabonosa  
parecen garzas de pesado vuelo  
que van rizando la corriente undosa.

Y entre tanto las linfas, cual cristales,  
dan, sobre fondo de color de cielo,  
la imagen de unas formas virginales.

ROBERTO BRENES MESÉN.



## Los pobres y los ricos y

Ya no se puede ser persona decente y bien educada si se tienen los bolsillos vacíos como la cabeza de algunos que andan por ahí haciendo de animales racionales, cuando debieran estar en la cuadra comiendo paja ó tirando de un carro como cualquier borrico humilde.

Para ciertos sujetos que están en buena posición social, no por lo que valen sino por lo que tienen, los que nunca llevamos dos pesetas encima, ni usamos buenas prendas de vestir, reloj inclusive, no somos dignos de figurar en ninguna parte ni merecemos la consideración del prójimo.

En cambio, si tiene Ud. dinero lo tendrá todo, amigos especialmente, frecuentará los salones aristocráticos y concluirá por ser miembro importante del cierto club, como le pasa á multitud de jóvenes imberbes y enteramente brutos que no saben hacer nada de provecho pero se dedican á gastar el dinero de sus papás.

A muchos conozco yo que no eran nada absolutamente el año pasado, pero se les ha muerto algún miembro de la familia rico, les ha caído el gordo ó se han encontrado en el patio de la casa una *botija* llena hasta el borde de monedas de oro legítimo y ahora los ve Ud. paseándose por las calles de San José convertidos en personas casi racionales, dándose tono y dirigiendo miradas á las jóvenes sensibles como diciéndoles:

—Si tendré yo dinero! . . . . .

Pero como si no lo tuvieran.

Mientras esos majaderos se pasan la vida dando á conocer su vanidad ridícula, otros, como este humilde servidor de todos ustedes, trabajamos como cuadrúpe-

dos mansos á fin de proporcionarnos el pan de cada día y la ropa de todos los semestres.

Como somos pobres, claro está, no le hacemos ilusión á ninguna joven casta de la provincia, aunque nos limpiemos bien el pescuezo y cepillemos la ropa con esmero, porque las señoritas de ahora más que en físico y las dotes naturales, se fijan en las prendas exteriores.

No importa que un chico sea bruto y tenga el rostro lleno de protuberancias si lleva reloj de oro, *chaquet*, sombrero hongo que esté nuevo y fuma cigarrillos pectorales en boquilla de carey.

Muchas, porque lo ven á Ud. con ropas deterioradas y el semblante triste, se figuran que apenas prueba los alimentos y no gasta calzoncillos.

Los hijos de familia ricos y mayores de edad, en cambio, son el blanco de las miradas más ó menos expresivas de las chicas hábiles de San José, que parecen decirles con los ojos.

No crean Uds. que estos colores son artificiales; nosotras todo lo que tenemos es natural y sabemos tocar piano y sostener una conversación.

Lo primero es atrapar un joven de recursos.

—Niña, dice una en un corrillo de señoritas cursis ¿verdad que Pepito Almecántaro es muy simpático?

—Sí, agrega otra, y muy bien educado.

—Y de muy buena familia

—Y sobre todo . . . . . ¡muy rico!

—*Riquísimo.*

Este Pepito puede ser cualquier chisgarabís sin dotes intelectuales, que pasea en volanta los domingos y gasta zapatillas de charol.

Las madres previsoras que ya tienen hijas mayores de doce años, acabañitas de salir de la escuela con un ligero baño de instrucción, lo primero que las dicen es:

—Procura llamar la atención de algún joven de recursos; tú no eres tan fea que digamos y hasta tienes cierta gracia en el andar; no hagas como ciertas chicas que por salir de solteras se casan con cualquier pelagatos y ¡sabe Dios cómo viven las pobrecitas!

Ellas por seguir los consejos de sus mamás se quedan muchas veces para vestir santos; que es lo que le pasará indudablemente á la hija de un sastre vecino mío, que logró enamorarme [la hija, no el sastre] hasta el extremo de hacer que los frijoles me supieran á píldoras vegetales de Wrigth y la carne á jabón de Windsor.

Un día, después de cortarme el pelo en una barbería barata, me presenté en la casa paterna.

—Servidor de Ud., dije al sastre con humildad de yerno de buena índole.

—Igualmente, contestó él, mirando con atención mi humilde persona.

Caballero, dije, Ud. dispensará la franqueza pero yo... amo á la hija de Ud. desde hará cosa de un mes, y aunque me esté mal el decirlo soy un joven muy decente.

Y enseguida le manifesté las intenciones (habrá bárbaro!) de casarme con ella, previo consentimiento paterno, al cabo de un año.

—Y tiene Ud. algo? preguntó.

—A Dios gracias todos en la familia hemos sido muy sanos.

—No digo eso; que si tiene Ud. bienes?

—No señor, lo único que tengo es muy buen carácter y un tío que fué diputado suplente.

—Y qué es Ud.?

—Dependiente de comercio; pero también me dedico á vender billetes de lotería y me sale por sesenta pesos un mes con otro.

A poco más estuvo que aquel animal me matara allí mismo, pero se contentó con decirme:

—Cree usted que mi hija se va á casar con un *méndigo*?

Yo salí de aquella casa con el corazón hecho pedacitos, pensando mientras me reponía de la emoción:

—Caramba! Si querrá casarla con un ex-ministro de Hacienda!.....

Siempre los pobres estamos expuestos á los malos tratamientos y á que nos desprecien como si fuésemos trastos viejos.

Oh, los pobres!

Llegará el día en que tengamos que alimentarnos con serrín y yerbas y vestirnos con hojas de plátano.

El Gobierno á falta de otra cosa en qué emplear el tiempo, aumenta cada día los impuestos y contribuciones en vez de remediar de alguna manera la triste situación pecuniaria en que está este bendito y católico país.

A Dios gracias quedan aún algunas señoras, muy buenas cristianas, que se dedican á la grata á la par que santa ocupación de organizar conciertos, rifas y bailes

de beneficencia, con el laudable fin de socorrer á los que carecemos de lo más necesario.

Por el momento sabemos de muchos hogares donde ha penetrado el ángel de la caridad en forma de alimentos más ó menos nutritivos y de géneros usados pero limpios.

—Mire usted; me decía hace poco un padre de familia pobre—en mi casa, desde el verano pasado no probamos la carne ni el huevo frito y la pasamos solamente de arroz y frijoles.....y de frijoles y arroz, para variar de algún modo.

—Caramba!

—Verá usted; yo estuve empleado con setenticinco pesos mensuales, pero el nuevo Gobierno me puso de patitas en la calle y ahora, por el momento, soy comerciante.....en cueros.

—Ya lo veo,—dije pasando una mirada por sus raídas prendas exteriores—y se hace algo?

—Pchs!.....Poca cosa; aquí donde usted me ve, tengo que mantener á cinco hijos de ambos sexos, á la mujer. ....y á una suegra muy bruta y muy gorrana que come por cuatro. A propósito puede usted facilitarme un peso?

—Hombre! Yo lo único que puedo hacer es darle un consejo.

—Eh?

—Mate usted á su suegra y venda el cuero.

No vale la pena vivir si no se tiene casa propia y dinero en efectivo depositado en el Banco.

Muchas familias conozco que mueven á compasión hasta á un adoquín.

Como sucede con la de don Dolores Fuertes y Morales, modesto funcionario público desde la Administración Soto.

El hace todo lo buenamente posible para que no falte en la casa lo estrictamente necesario, pero su mujer, doña Jenara, le está diciendo á cada rato:

Dolores, los niños ya no tienen zapatos, ni ropa blanca; Dolores hoy ha venido cuatro veces don Pantaleón el de la *pulpería* á cobrar la cuenta; Dolores, el casero dice que si no le pagamos lo atrasado nos va á embargar los trastos.

Todo esto cae en su corazón como plomo derretido y más de una vez "el fantasma del suicidio" ha venido á ofrecerle el consuelo *della tomba fredda*.

La familia de don Dolores no es familia; es una cría de palominos enfermos. Doña Jenara anda entre casa casi desnuda y tiene el rostro como de gelatina; los chicos parecen unas sanguijuelas y las dos hijas mayores dan lástima por lo flacas y faltas de colores.

A ellas, como no tienen con qué comprarse polvos Opoponax, ni preparaciones químicas para disimular las imperfecciones, no les ha salido novio todavía.

Lo único que le ha salido á la menor de las dos es una cosecha de granos en todo el cuerpo, por falta de sustancias alimenticias.

—Pobrecillas!—dicen los vecinos—no tienen más ropa que la que llevan puesta.

—Parecen dos macarrones italianos!.....

Ellas ven á las señoritas de San José tan campan-tes con sus pañolones de burato y sus vestidos de fina zaraza con vuelos y mirñaques y sienten un desconsue-lo atroz, porque si tuvieran recursos, hace mucho tiempo que se hubiera decidido alguno á llevarlas á los alta-res.

En el hogar de don Dolores falta todo; en vez de platos usan escudillas, para que duren, y el café lo beben en latas de las que vienen con salmón y ostiones.

Cuando alguno cae enfermo, tiene que hacer don Dolores las veces de médico, para evitar los gastos.

Una noche se le puso á doña Jenara un dolor en la boca del estómago como si hubiera tenido dentro el Congreso Constitucional discutiendo un proyecto de ley, y tuvo que aplicarle una lavativa de agua caliente con sal, que á poco más la revienta.

Cierta ocasión, de una levita de paño azul que tenía don Dolores para las grandes ceremonias de Estado y eclesiásticas, hubo necesidad de hacerles ropa á los chicos y aún sobró tela para unas ligas de la mayor.

Al par que destrozaban aquella prenda inestimable, le pareció que hacían otro tanto con sus membranas interiores para hacer calzoncillos, y exclamó con amargura:

—Dios mío! Porqué no me dediqué á salteador de caminos.....ó á presbítero, que lo mismo da?.....

Si ya no se puede vivir!.....

Los víveres se ponen cada día más caros: el maíz, que antes se compraba á peso, hoy vale á tres la *cajuela*; los frijoles están por las nubes; *el dulce* á seis reales la *tamu-*

ga y por un *chiverrillo tierno* le llevan á Ud. una peseta sin que les remuerda la conciencia.

—¡Ave María purísima, qué escándalo!—dice una señora *acomodada* entrando en la casa después de hacer las compras en el Mercado.

¡Cómo se ponen las cosas, los tres clavos de Cristo! . . . . . Pues no me han pedido dos reales por una *yuca* tamaña como el dedo meñique? Los repollos, las *alverjas*, los *sapallos*, las cebollas, todo está *carísimo*; Jesuuús!

Lo que sucede con esto es que ya nadie quiere casarse, si no es con alguna viuda rica.

Porque vamos á ver: para qué se casa uno si ha de tener á la mujer siempre metida en la casa cuidando del puchero y de los hijos (si los hay, pongo por caso).

El que busca una mujer, (buscar es) y la consigue, ha de ser para formar un hogar que sea un paraíso terrenal en miniatura, un nido de amor, donde no escaseen los dulces alimentos ni las nutritivas caricias conyugales; donde la esposa viva como el pez en el aire y el pájaro en el agua y diga la gente cuando los vea juntos, en las noches de luna, pasear en la calle de la Estación:

—¡Qué felices parecen y qué bien puesta va ella!

Pero si se casa Ud. para rabiarse más tarde por falta de recursos y abundancia de chiquitines . . . . . mal haya el matrimonio!

Mire Ud. que tener que empeñar el reloj y todo para pagarle al casero y á la lavandera! . . . . .

No hay nada más divertido.

En cambio: ¡qué bien la pasan los ricos en medio del lujo y la opulencia, mientras otros viven poniendo el grito en el cielo!

Lo cual prueba que el mundo anda mal y que Dios (El me perdone) no es tan bueno como dicen, desde luego que se olvida de gran parte de los fieles cristianos que le piden sin cesar el pan de cada día y sin embargo el pan no viene . . . . . ó viene muy amargo.

Los ricos son unos bienaventurados, únicos mortales que viven como Dios manda, entregados completamente á disfrutar de su dinero, bien ó mal adquirido, y á que la sociedad los mime y considere.

Ellos, como de nada carecen, pueden pasarse la existencia en un *dolce far niente*, tirados á la bartola en un blando sillón con el puro habano en la boca ó retozando con los chiquitines en medio de la sala mientras la señora anda en las tiendas en busca de las últimas nove-

dades en telas finas para hacerles á las niñas los trajes que han de lucir en el baile de las Fulanitas de Tal ó en las procesiones de Semana Santa.

Con lo que gastan algunas señoritas en fruslerías de la moda y en perfumes de Wm. Rieger, muchas familias pobres se comprarían ropas para dos años.

Pero siempre es una satisfacción que digan en las reuniones de confianza:

—¡Caramba, qué lujo que gastan las de Garabato?

—Como el padre es uno de los hacendados más ricos de San José!.....

—El mes entrante se va toda la familia para Europa.

—Qué dichosos!

—Seguro la mayor vuelve casada con un Príncipe Ruso ó con un Lord Inglés.

—Pero si es muy fea!

Esto de que sean feas las hijas de los capitalistas, no es nunca un inconveniente para que se casen pronto.... y mal.

“Poderoso caballero es don Dinero”.

Muchos que hoy gozan de buena posición social y económica, han hecho su fortuna en el comercio de vinos y conservas alimenticias, sacando muelas á domicilio ó vendiendo *tamales* y *mondongo* en un ventorrillo de la Puebla.

Conozco á un español muy bruto que llegó al país casi desnudo, pero se dedicó al comercio de gallinas y huevos frescos al por mayor y á la venta de carne de cerdo y ahora es casi una persona, tiene relaciones con las familias más distinguidas, y está para casarse con la hija de un alto funcionario público.

Otros hay que de *mandadores* de una hacienda han pasado á ser gente de consideración social, mediante la directa protección de la fortuna y les han cambiado el *ñor* del campesino burdo por el *don*, por aquello de:

“Vuestro *don* señor Higalgo

Es el *don* del algo-*dón*

El cual para tener *dón*

Necesita tener *algo*.”

Todo es cuestión de suerte en este mundo.

Y de audacia también.

Lo que tiene es que á algunos, aunque queramos labrarnos una fortuna para salir de la oscuridad en que vivimos, todo nos sale mal.

Pone Ud. una Agencia de Entierros y Funerales: parece que los médicos se ponen de acuerdo para no matar á nadie en mucho tiempo y tiene que cerrar enseguida la oficina.

Se dedica al cultivo de bananos en Matina: hacen presa en Ud. las calenturas y se vuelve al seno del hogar sin un cuarto en el bolsillo.

Se establece con una cristalería barata: una noche viene un temblor de tierra y da al traste con todo.

Tal es el destino de algunos.

Dichosos los que al salir del vientre de la madre se encuentran de manos á boca, con la fortuna, porque de ellos es el reino . . . . . de la tierra.

El dinero, el vil metal, cuyo brillo deslumbra á los hombres más que el brillo del talento y los honores, es lo único que hace llevadera la existencia en este valle de lágrimas.

En el mundo conviene ser Rothschild ó caballo de tiro.

Por eso es que algunas personas aunque tengan muy poca cosa, hacen alarde de poseer un fortunón . . . . .

Y las respetan por eso.

Como á un caballero á quien yo conocí en un viaje que hice á Nicaragua.

—Quién? . . . . . Don Abundio?—le dicen á Ud. en la tierra de los lagos.—Es riquísimo, millonario! Si se pusiera á contar lo que tiene hoy, lunes, concluiría de pasar el último centavo el domingo al anochecer.

—Demonio! Pero como ha reunido tanto dinero?

—Hombre! Eso es lo que nadie sabe.

Hay quien asegura que aquel *Nabab* tiene subterráneos profundísimos llenos de talegas de oro, donde sólo él penetra, á eso de la media noche, para repasarlas y cerciorarse de que no falta ninguna.

Don Abundio lo que quiere es que le consideren como á un Rothschild en pequeña escala y que todo el mundo sepa que ha ido treinta veces á Europa y á Oceanía y se ha gastado un dineral como si tal cosa.

La gente, que es muy amiga de exagerarlo todo, le tiene como uno de los primeros capitalistas de la vecina República, pero yo, que le conozco como si le hubiera llevado en mi seno, sé que lo que tiene es muy poco.

Sin embargo es una satisfacción poder ser millonario provisional, aunque sea mientras se casan las hijas.

Que es lo que ha conseguido don Abundio: casar una hija que le resultó en vez de mujer, una hembra de orangután.

El yerno es un salvadoreño que hace mucho tiempo está por averiguar donde existen los millones de don Abundio y ha llegado á creer que los tiene. . . . en perspectiva.

## YOYO





## En un álbum

¿Qué es un álbum? Un cofre de alabastro  
Donde arroja el talento del artista  
Un recuerdo brillante como un astro,  
Una perla, un rubí ó una amatista.

Pueda el que mi amistad aquí te arroja,  
Si deja en tu memoria alguna huella,  
Conservar la pureza de esta hoja  
Y el fulgor misterioso de una estrella.

J. C.

---

A M.

¿Cómo quieres que cante, dulce niña,  
si estoy enfermo de incurable duelo;  
si sólo encuentran mis cansados ojos,  
triste la tierra y sin fulgor el cielo!....

Así lo quieres tú ¡ingrata mía!  
y sin embargo te bendigo y amo,  
y si afligida estás, para mí solo  
tus tristezas y lágrimas reclamo.

8 de Agosto—94.





## El estreno

Muy contenta bajó Cristina al jardín en busca de las flores con que iba á adornar sus rizos aquella noche para ir al baile; quería hacer un ramillete de flores escogidas que luciera en sus sienes, como la corona de azahares de la desposada; un ramillete que hiciera resaltar su hermosura y la embelleciera más, que llamara la atención de todos y que no tuviera parecido alguno con el que llevaran sus compañeras. . . .

Entusiasmada por esta idea, recorrió el jardín en todas direcciones, cual alegre mariposilla que liba la miel aglomerada en las urnas de coral que forman los pétalos de las flores, arrebatando á éstas de sus tallos débiles para aprisionarlas entre sus dedos rosados.

Agitada y sudorosa sentóse en un banco escondido en el follaje de una enredadera, y esparciéndolas sobre las sayas desplegadas, principió á tejer su ramillete á la par que tarareaba una canción.

Cantaba, cantaba muy alegre porque iba al primer baile, *se iba á estrenar*. Rosita, su prima, cumplía años ese día y lo festejaba con un baile espléndido.

—Qué dicha, qué dicha, decía cantando, voy á bailar esta noche ¡qué lindo es bailar! Las flores sonreían al verla tan contenta, y la acariciaban el rostro con tanta dulzura, como los labios del amante las mejillas de su prometida. . . . .

Ella continuaba tejiendo su ramillete, en tanto su pensamiento vagaba por unos salones adornados con arcos de palmeras verdes, cortinajes de seda azul, flores y ramas frescas, decoraciones magníficas y lu-

ces caprichosas que destellaban las arañas de cristal pendientes del cielo raso, en donde se agitaban multitud de parejas, ora deslizándose en carrera vertiginosa, ora girando rápidas, para un lado... para otro... ya balanceándose, lentas y tenues, ya resbalando suaves y vapcrosas, pero siempre al compás de un vals con que la orquesta había despertado aquel entusiasmo arrebatador.

De esta especie de éxtasis que la produjo tal pensamiento, vino á sacarla el toque tradicional con que la Iglesia llama á sus fieles á la oración, y al ver que el sol se había ocultado ya, dejó escapar un grito de sorpresa y desapareció entre las plantas como una exhalación entre las nubes que pliegan el cielo.

\* \* \*

¡Qué dichosa edad es la de la inocencia, qué ensueño tan grato, qué armonía tan dulce!...

La inocencia es el único reflejo que nos queda de la dicha eterna, sólo ella puede devolver al hombre la felicidad perdida. ... Pobre Cristina, nunca había asistido á ningún baile, aquella era la primera vez y por eso estaba tan contenta. ... ignoraba las funestas consecuencias que iba á acarrearle la satisfacción de este deseo por tanto tiempo acariciado, desde que tenía siete años, que veía salir á mamá del brazo de papá, muy compuesta, en traje de baile, diciéndola cuando lloraba, que la iban á traer muchos dulces....

\* \* \*

Los salones de Rosita estaban adornados, poco más ó menos como los había visto Cristina en su imaginación cuando tejía su ramillete en el jardín, pero esta vez ante la realidad no experimentó la alegría que cuando los acariciaba en ideal: aquellos vapores mareantes de que estaba cargada la atmósfera; aquella voluptuosidad sensual con que bailaban las parejas, despreocupadas, extravagantes, entregadas al placer que olvida. ... aquel ir y venir de mi-

radas femeniles, cariñosas unas, irónicas, amenazantes, provocativas las demás; aquel movimiento continuo pero desigual, hasta desordenado y grosero, la causó tal repugnancia, que si su madre no la hubiera llevado en ese momento para presentarla á un joven amigo suyo, se habría marchado enseguida muy descontenta.

No le era desconocido ni mucho menos indiferente á Cristina, el joven que acaba de presentarla su madre, y se sintió muy animada con la agradable conversación de Gonzalo, quien reconoció en ella una excelente compañera; ofreciéndola el brazo, que aceptó gustosa y comenzó á pasarla por los corredores, y luego por el jardín iluminado en aquel momento por los resplandores de la luna.

\* \*

El baile estuvo animadísimo, y Cristina gozó tanto como se lo había prometido: se vió muy cortejada y admirada, y llamó la atención de todos por su hermosura flamante y por el ramillete que lucía en sus sienes, como la corona de azahares de la desposada. . . . .

A las cuatro de la mañana el cansancio sustituyó al entusiasmo y los salones fueron quedando poco á poco solitarios. La parca que corta con sus tijeras de fuego el hilo de nuestra existencia, envidiosa de la expansión de que goza el espíritu en esos ratos de solaz en que tratamos de olvidar nuestra humana miseria entregándonos al placer, se colocó junto á la puerta de salida con el arco armado, presto para lanzar la flecha á la que debía ser su víctima en aquel festín.

Familia tras familia fueron desfilando ante la parca fría y terrible, todos se abrigaban con cuidado temerosos de los peligros que ofrecen estas retiradas, y sólo Cristina inexperta é imprevisora de sus consecuencias, presentó su rostro á la parca; á ésta le pareció hermosa, propia para saciar sus intentos sangrientos y . . . arrojó la saeta homicida.

La pobre niña sintió un escalofrío que la hizo estremecer; estornudó, dos... tres veces, y se apoderó de ella una descomposición horrorosa; su madre que la oyó la dijo al momento que se abrigara, pero ya no era tiempo. Cristina había aspirado profundamente el aire frío de la calle como queriendo vaciar los pulmones del impuro de que los traía llenos, y de ahí el origen de su desgracia... Muchas veces las madres suelen aleccionar á sus hijas demasiado tarde!

La pulmonía vino enseguida devastando aquella hermosura exuberante y fresca; pero combatida á tiempo, cedió, en apariencia, y las mejillas se colorearon de nuevo, los ojos al parecer, recobraron su natural brillo y el poder arrebatador de su mirada.— Sin embargo, á través de esta convalecencia se notaba algo en la expresión general del semblante, algo que no era otra cosa sino el progreso que el veneno de la parca hacía en los pulmones de la niña. Cierta tristeza indefinible, cierto cansancio en la conversación, languidez y vaguedad en la mirada y una tos seca y espeluznante, fueron los síntomas que principiaron á manifestarse unos cuantos meses después del baile.

\*  
\*  
\*

\*Las horas en que Gonzalo no daba lecciones, en cuanto se veía libre de sus quehaceres, se iba á casa de Cristina, la dueña de su corazón desde la indeleble noche del baile, en que las flores del jardín escucharon las promesas recíprocas de amor eterno, que con palabras tiernas se hicieron ambos jóvenes, y en que las hojas con su melancólico susurro ahogaron la nota dulce que se oye cuando los labios se juntan como sello divino de un idilio olímpico, la armonía suprema que se escucha cuando dos almas se confunden en la poesía mágica de un beso.....

En esas horas de felicidad envidiable, Gonzalo que no alcanzaba á comprender la causa que marchitaba lentamente la hermosura de su amante, trataba

en vano de infiltrar el bálsamo suave de su amor en el alma de aquella criatura, para devolver la alegría á su rostro triste, la mirada de fuego á sus ojos melancólicos y la sonrisa tierna á sus labios pálidos y contraídos. Cristina lo comprendía así y para corresponder á su generosidad, le sonreía aparentando una salud que estaba muy lejos de poseer. Entonces brillaban sus ojos, pero no con el brillo natural que los había animado siempre, sino con el brillo febril que les comunica la llama que arde en el pecho, el amor que se agita en convulsiones violentas como ávido de librarse de una congoja terrible que le oprime.

Un exceso de tos seguido de una hemorragia de sangre, puso de manifiesto la verdad del caso, sembrando el desaliento en todos los corazones que palpitaban por aquella niña, tísica en la primavera de la vida . . . ¡Qué porvenir tan sombrío el que la esperaba, tan joven y tan bella; una huesa fría y húmeda se abría bajo sus pies cuando su juventud principiaba á alborear como una primavera cuajada de encantos; flor que se marchita al contacto tenue del primer rayo de luz tropical, que se quiebra sobre sus pétalos nacarados; tiernaavecilla que expira al desplegar sus alitas de rosa, cuando ensayaba jugar en el aire, como la brisa en los jardines floridos. . . . .

La terrible enfermedad siguió minando aquella existencia preciosa; vencida la ciencia, agotados los recursos, no había medio de salvación ¡terrible destino!

La última tarde que ví á Cristina apenas pude reconocer sus facciones: paseaba por el Parque Central apoyada en el brazo de su madre, Gonzalo las acompañaba; seguía amándola siempre como al principio, no obstante que, de aquella que conoció en el baile sólo quedaba una sombra pálida. . . . .

Poco tiempo después supe que cuando la llevaban á su última morada, lucía en sus sienes un ramillete blanco, como la corona de azahares de la desposada. . . . .



## LA MUERTA

---

¡ La amé con delirio ! ¿ Por qué amamos ? Es singular no ver en el mundo más que un sér, no alimentar en el alma más que un pensamiento, en el corazón un solo deseo y en la boca una sola palabra. . . . un nombre; un nombre que sube incesantemente, que sube y brota como el agua de un manantial desde lo [ más profundo del alma á los labios; que se modula, que se repite; que se murmura sin cesar en todas partes lo mismo que una plegaria.

No referiré nuestra historia. El amor no tiene más que una, siempre la misma. La encontré y la amé; no pasó más.

Por espacio de un año me alimenté con su ternura, viví en sus brazos, con sus caricias, con su mirada, con su palabra, entre sus ropas envuelto, ligado á ella como la hiedra al murallón, de un modo tan completo, que no sabía si alumbraba la luz del sol, si era de noche, si estaba muerto ó vivo, si sobre la tierra ó en otra parte.

.....  
Ella murió. . . ¿ cómo ? No lo sé, ni lo sabré tampoco. Entró una noche en su casa mojada por la lluvia; á la mañana siguiente tosía. Estuvo tosiendo casi toda la semana y se acostó.

Venían los médicos, recetaban y se iban. Le preparaban los medicamentos; una mujer se los daba á beber. Sus manos despedían calor, su frente estaba ardorosa y húmeda, su mirada era brillante y triste. Yo la hablaba y ella me respondía. ¿ Qué nos dijimos ? . . no lo sé. . . ; todo lo he olvidado, todo, todo ! . . . Murió. . . recuerdo muy bien un doliente suspiro, ; suspiro tan débil ! . . el último.

No he sabido más. Ví á un sacerdote que pronunció estas palabras: "Vuestra querida. . ." Me pareció que la in-

sultaba. Le arrojé de la casa... Vino otro muy bueno. Lloré cuando me habló de ella.

Me consultaron muchas cosas acerca de su entierro... ya las olvidé. Sin embargo, recuerdo perfectamente el ataúd y el sordo ruído de los martillazos cuando la encerraban dentro... ¡¡ah Dios mío!!

La enterraron en aquella fosa, acudieron algunas personas amigas. Yo desaparecí, corrí, anduve mucho tiempo á través de los campos, penetré en la ciudad, anduve mucho más tiempo aún y entré en mi casa.

Al día siguiente emprendí un largo viaje.

.....  
Ayer entré en París. Nuestro aposento, nuestros muebles, aquella casa donde quedó todo lo que resta de un sér después de su muerte, me sobrecogió; apoderóse de mí un vértigo tan violento, que sentí deseos de abrir el balcón y arrojarme á la calle.

No pudiendo permanecer entre aquellas paredes que la habían encerrado y abrigado, recogiendo su último suspiro, y que entre sus imperceptibles hendiduras debían aún conservar mil átomos de su existencia, de su carne y de su aliento, cogí el sombrero para huir.

Momentos antes de llegar á la puerta pasé por delante del gran espejo del vestíbulo que ella había colocado allí para mirarse antes de salir, y ver si su vestido ajustaba bien y si eran correctos sus perfiles.

Me detuve ante aquel espejo que tantas veces la había reflejado... tantas, que debía conservar su imagen. Vime allí en pié, tembloroso, con los ojos clavados sobre el cristal vacío. Parecióme que amaba á aquel espejo, le palpé, estaba frío... ¡ Oh, qué recuerdo ! ¡ ¡Espejo doloroso, espejo elocuente, espejo vivo, espejo horrible que me atormentas con toda clase de torturas !!... ¡ Dichosos los hombres en cuyo corazón, como en un espejo, se deslizan y desvanecen las impresiones, olvidan todo lo que han contenido, todo lo que ha pasado ante sus ojos.

Salí de aquella casa, y á pesar mío, sin querer, sin saber cómo, me encaminé hacia el cementerio.

Hallé su modesta tumba; una cruz de mármol con estas palabras:

“AMÓ, FUE AMADA, MURIÓ”.

Allí estaba ella. Debajo de aquella piedra ¡ Qué horror! Yo sollozaba con la frente inclinada hacia la tierra.

Así permanecí mucho tiempo. Advertí que se aproximaba la noche; entonces se apoderó de mí un deseo extra-

ño, insensato; un deseo de amante desesperado. Quise pasar la noche á su lado, quise pasar con ella la última noche, llorando sobre su tumba... pero si me sorprendía el sepulcrero, me arrojaría de allí. ¡Qué hacer!

Comencé á caminar por aquella ciudad de los desaparecidos... Seguía, seguía andando... ¡Qué pequeña es esta ciudad al lado de la otra, al lado de aquella donde se vive! Y sin embargo, los muertos son más, mucho más que los vivos; éstos necesitan elevados edificios, calles y plazas para las cuatro generaciones que miran la luz al mismo tiempo, que beben el agua de sus manantiales y el vino de sus viñas, y comen el pan de sus llanuras; y para las generaciones de los muertos, para toda la escala de la humanidad que ha descendido bajo nosotros, casi nada... un campo. La tierra los recibe y el olvido los borra.

Al extremo del cementerio habitado, distingo el abandonado; aquél donde los viejos cadáveres acaban por confundirse con el suelo, donde hasta las cruces se pudren, donde colocarán mañana los últimos que lleguen. Está lleno de rosas y de cipreses; es un jardín triste y sombrío, alimentado de carne humana.

Me arrimé á un árbol, me oculté entre sus ramas húmedas y sombrías, y esperé agarrado al tronco, como el naufrago al mástil del barco hecho pedazos.

Cuando la noche me envolvió con sus opacos velos, me separé de mi refugio, y marché despacio, á paso lento, sobre aquella tierra llena de muertos.

Anduve errante mucho tiempo. No encontraba la tumba de mi amante. Con los brazos extendidos, los ojos abiertos, palpando las tumbas con las manos, con los pies, con las rodillas, con el pecho; caminaba sin encontrarla. Palpaba como un ciego que busca un camino. Palpaba piedras, cruces, verjas de hierro, coronas de cristal ó de flores marchitas. Leía los nombres de los sarcófagos, pasando los dedos sobre las letras. ¡Qué noche, Dios mío! ¡Qué noche!

¡No había luna! Tuve miedo, mucho miedo al pasar por aquellos estrechos senderos, entre dos hileras de tumbas... ¡Tumbas, tumbas, siempre tumbas!.. No podía más, mis rodillas flaqueaban, mis sienas latían con ritmo doloroso, mi corazón pugnaba por subírseme á los labios... Me senté sobre una losa y recosté la cabeza en la fría cruz que la adornaba.

Nada veía en mi derredor. ¿Cuánto tiempo estuve allí?... No lo sé... Me encontraba paralizado por el espan-

to, aturdido por el terror, dispuesto á gritar, dispuesto á morir.

De repente, me pareció que la losa de mármol que me servía de asiento se movía. Sí, se movía como si tratasen de levantarla. De un salto, impulsado por el terror, me lancé sobre la tumba inmediata y ví... sí, ví que la piedra que acababa de abandonar se levantaba derecha... ví aparecer á un muerto... un esqueleto desnudo que con su en-corbada espalda la empujaba.

Yo veía muy bien, á pesar de la obscuridad. Sobre la cruz de mármol se leía:

“Aquí reposa Santiago Olivant, que falleció á los cincuenta y tres años. Amó á los suyos, fue honrado y bueno y murió en la paz del Señor.”

También el muerto leyó estas palabras... cogió una piedra del camino, una piedra pequeña y puntiaguda y con ella comenzó á raspar el epitafio. Le borró todo por completo y con la punta del hueso, que había sido su índice, trazó, con letras luminosas, como las que se escriben en las paredes con la cabeza de un fósforo, la siguiente inscripción:

“Aquí yace Santiago Olivant, que falleció á los cincuenta y tres años. Apresuró con sus malos tratos la muerte de su padre. Hizo una mártir á su mujer, atormentó á sus hijos, engañó á sus amigos y murió maldito”.

Cuando acabó de escribir el muerto, contempló su obra atentamente. Volvió la cabeza y me heló el espanto. Todos los cadáveres habían abandonado sus lechos funerarios, y á imitación de lo que acababan de ver, borraban los epitafios de sus tumbas y restablecían la verdad, destruyendo los falsos elogios que habían puesto en ellos sus parientes.

Leí muchas de las nuevas inscripciones y ví que todos habían sido los verdugos de sus familias, hipócritas, embusteros, deshonestos, calumniadores, envidiosos; que habían robado y cometido toda clase de delitos y de actos abominables.

Todos escribían al mismo tiempo sobre el umbral de su eterna residencia, la cruel, la terrible y santa verdad, que todo el mundo ignora, ó finge ignorar sobre la tierra.

Yo pensé en ella... También debió trazarla sobre su tumba... y sin miedo, corriendo en medio de los féretros entreabiertos, por entre los cadáveres, por entre los esqueletos, me dirigí hacia ella, seguro de encontrarla pronto.

La reconocí á lo lejos, aunque no ví su rostro envuelto en el sudario.

Y sobre la cruz de mármol, donde acababa yo de leer  
"AMÓ, FUE AMADA Y MURIÓ", leí:

"SALIÓ UNA NOCHE PARA ENGAÑAR Á SU AMANTE. SE  
ENFRIÓ A CAUSA DE LA LLUVIA Y MURIÓ".

.....

.....

GUY DE MAUPASSANT



# CUARTILLAS

**Revista quincenal**



## CONDICIONES DE VENTA

---

Trimestre..... \$ 2-00  
Número suelto..... 0-50

*Pago adelantado*

---

**Administrador,**

**ANTONIO FONT**

6ª Avenida E., N° 39

San José, C. R.